

## CONFUSIONES COTIDIANAS

1

Como todas las mañanas, Nodríguez se dirigía caminando a su oficina cuando, al cruzar la calle, fue pisoteado por una estampida de búfalos salvajes. Por la tarde, un titular del diario decía: "FATAL ACCIDENTE DE TRÁNSITO: NODRÍGUEZ ARROLLADO POR UN CAMIÓN".

2

El mozo pasó a su lado con la bandeja de saladitos; Mernández se dio vuelta para llamarlo, pero ya no estaba. La señora Mernández, que vio la escena, se acercó por entre la gente hasta donde estaba su marido, pero no lo encontró. El dueño de casa fue hasta el recibidor para despedir a unos invitados que, según su esposa, lo esperaban para saludarlo al retirarse, pero ellos al parecer ya se habían ido; buscó con los ojos a su esposa para que le explicara el error de su información, y ella no estaba. La señora Mernández, preocupada por la desaparición de su esposo, buscó al dueño de casa para comunicarle que se retiraba; la casa, sin embargo estaba vacía. Los ojos que recorrían el texto esperando una continuación de la anécdota,

3

Xernández se quitó la máscara de Xonzález con una carcajada feroz. Sin embargo, la reunión no pareció desconcertarse. Xutiérrez se quitó la máscara de Ximénez, Xérez la de Xópez, Xonzález la de Xérez, Xópez la de Xutiérrez y Ximénez la de Xernández, y así prosiguieron deliberando y la propuesta inicial de Xernández fue desde luego derrotada.

5

—No sé si me comprende lo que quiero decir, Yodríguez —dijo Yonzález. Yodríguez seguía mirando el largo papel lleno de cifras y meneaba la cabeza como si todavía siguiera escapándosele un elemento clave para la visión del conjunto del problema. Yonzález entonces se arremangó la pierna derecha del pantalón, dejando a la vista una pantorrilla peluda y la parte superior de un calcetín a delgadas rayas verticales rojas y blancas, y luego se quitó ambas piezas de la dentadura postiza,

que manejó como un par de castañuelas, arrancándoles breves y rápidas sonoridades secas mientras con el pie derecho trazaba un especie de semicírculo formado por los puntos en que el pie tocaba el suelo al levantar y dejar caer rítmicamente la pierna, en forma coordinada con el sonido de castañuelas que hacían los dientes. El rostro de Yodríguez se iluminó.

—Perfectamente, señor Yonzález —dijo, con una sonrisa—. Perfectamente.

8

En el baile de máscaras, Kernández se ha disfrazado de Kernández, Kérez se ha disfrazado de Kérez, Kodríguez de Kodríguez y así sucesivamente. Cuando llega la hora de quitarse los disfraces, todos se sorprenden de haber tenido la misma idea; vuelven a sus casas malhumorados, pensando en la estupidez de los otros.



9

lonzález, que está loco, le vende a lutiérrez un reloj que no funciona. lutiérrez vuelve con el reloj y lo increpa a lonzález.

—Usted me vendió un reloj que no funciona.

—En efecto.

—Pero, ¿usted sabía entonces que no funcionaba?

—Desde luego.

—¿Pero usted está loco?

—Claro que sí.

11

Al retirarse de la reunión, en esa noche de copiosa lluvia, el señor Aernández se lleva por error o por considerarlo tal vez más ventajoso, el paraguas del señor Bernández en lugar del propio. El señor Bernández, no encontrando su paraguas en el paragüero o bien confundido por la

similitud que guardan entre sí generalmente los paraguas, se lleva a su vez el del señor Cernández. Cernández se lleva el de Dernández, y éste el de Eernández, mientras que Eernández se lleva el de Fernández. Este último, como no había traído paraguas, al salir se cubre la cabeza con un diario.

12

—Téngame estos paquetes mientras le subo la falda —dijo el anciano caballero, en la parada del ómnibus—. Cuidado porque son frágiles.

La joven no dijo nada y se alejó unos cuantos metros. "Ya no se respetan las canas", meditó el anciano, y su mirada se perdió tristemente en el infinito.

14

La conversación se había hecho muy animada, en torno a la mesa donde hombres y mujeres festejaban algo. En uno de esos silencios que se producen por azar, cuando parecen haberse agotado simultáneamente todos los temas de conversaciones cruzadas entre distintos puntos de la reunión, se oyó claramente la voz grave, profunda, del señor Rutiérrez. Dijo:

—¿Quién no ha sido devorado alguna vez por los canibales? —y luego el señor Rutiérrez miró detenida y fijamente, uno por uno, a todos los integrantes de la reunión. Después, nadie pudo salir de aquel silencio.

21

Un joven recorre las mesas del café ofreciendo a los parroquianos un retrato al instante, por pocas monedas. Himénez, que espera aburrido a su esposa, acepta. El joven se sienta frente a él y comienza a trabajar con carbonilla sobre un gran *block* de papel garbanzo blanco, tamaño oficio. Himénez descubre que gracias al espejo que decora las cuatro las cuatro caras de una columna, en combinación con otro gran espejo que recorre a lo largo de la pared a mediana altura, puede observar perfectamente el trabajo del joven. Después de unos minutos advierte con asombro que el dibujo va tomando la forma de una cabeza como de ornitorrinco, adornada con monumentales guampas y asentada sobre algo parecido a un nido de víboras. Comienza a transpirar sin poder evitarlo, pero no se atreve a decir nada y se limita a retorcerse las manos. Luego escucha que un grupito de parroquianos que se ha reunido, de pie, alrededor del dibujante, comenta con admiración el parecido.

En la playa solitaria, tomo sol tendido boca arriba. Después de un rato me vuelco sobre el costado derecho, apoyo un codo en la arena para irme incorporando, quedo sentado, doblo una pierna, miro por encima del hombro izquierdo hacia atrás, después miro el mar frente a mí, y luego a la derecha: a lo lejos, como a doscientos o trescientos metros, veo un cuerpo de mujer sobre la arena. Ella está sentada, abrazándose las rodillas y mirando el mar; el pelo negro y lacio le cubre los hombros. Lleva una pequeña malla de dos piezas, de color verde.

Mi pasividad se va transformando poco a poco en un vivo interés, que me permite apreciar cada vez más detalles a pesar de la miopía y de la distancia; incluso creo llegar a reconocer a esa mujer: sería la misma que ayer, me había llamado la atención en el centro del balneario, al hacer unas compras; yo había sentido que me miraba con una breve intensidad; luego recuerdo que ayer la había encontrado parecida a alguien, sin poder ubicar a quien. Ahora, las tres imágenes –la de la mujer de años atrás, la de ayer y ésta que contemplo– se funden en una sola, y me pongo de pie y comienzo a andar hacia ella. A medida que me acerco, me voy extrañando cada vez más de su extrema inmovilidad.

Después, cuando estoy muy próximo a ella, me meto en el mar, riéndome de mi miopía y de mi imaginación; sin necesidad de llegar a su lado pude advertir que esa mujer, tan parecida a la de ayer y a la del recuerdo impreciso, era en realidad un tronco retorcido de árbol, trabajado por el agua, con una raída bolsa de arpillera enganchada en una rama. La risa deja paso a un leve dolor de cabeza que se disuelve mientras nado por debajo del agua.

De vuelta en mi lugar primitivo, sentado en la arena, miro nuevamente hacia el tronco del árbol y vuelvo a ver con total nitidez a la mujer –quien, ahora, se pone grácilmente de pie, sacude la lona blanca y comienza a alejarse hacia el bosque de pinos, haciendo ondular las caderas y sin echar un solo vistazo en mi dirección.

–Me tiene sin cuidado.  
 –¿Perdón?  
 –Dije que me tiene sin cuidado.  
 –Es que no había escuchado lo que dijo anteriormente.  
 –Que me tiene sin cuidado.  
 –Perdón, pero no comprendo a qué se refiere.  
 –Me tiene sin cuidado.

–Por favor, no vaya a asustarse: soy diabético –dijo el hombre que había entrado por la ventana del dormitorio, y la mujer contuvo el grito en su garganta. El hombre salió tranquilamente por la puerta de calle. La mujer quedó un rato pensativa, sus manos todavía aferradas a la sábana que había subido hasta el mentón, y luego, de improviso, comenzó a gritar, y gritó hasta que vinieron los vecinos.

–... y todo, era mentira –concluyeron los padres a dúo, arrancándose las máscaras con ademán violento.

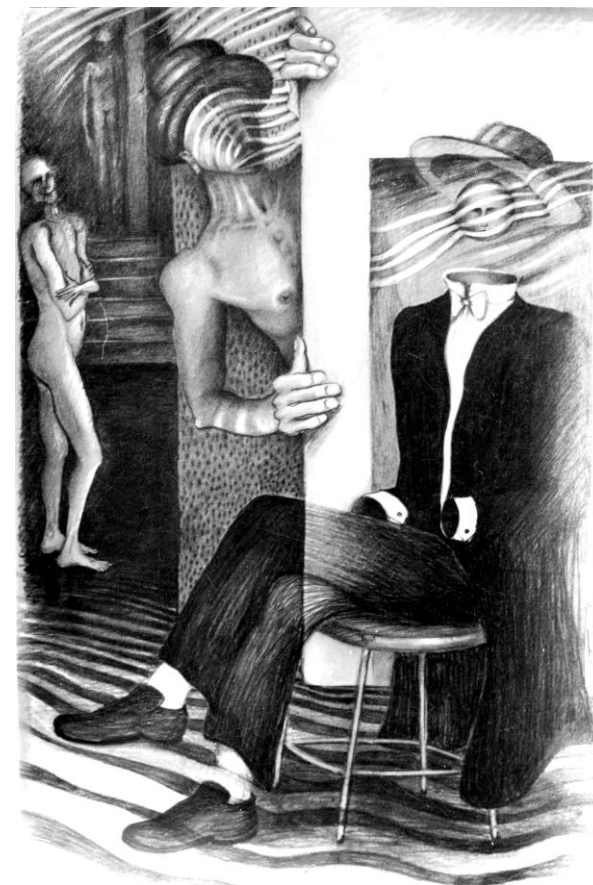
–Las van a necesitar –dijo el niño, fríamente, recogiénolas del suelo–. Dentro de cuarenta segundos van a llamar a la puerta.

“ESTAMPIDA DE BÚFALOS COBRA DÉCIMA VÍCTIMA”, decía el titular de un diario. En la foto, aunque un poco borrosa, podía verse una vaca que pastaba tranquila y solitaria en el campo.



Texto tomado del volumen Nº15 de EL PÉNDULO  
 Ediciones de la Urraca, 1987

Ediciones Desmesura  
 pablojaviergil@yahoo.com.ar  
 Nº40 - Enero de 2015  
 San Carlos de Bariloche



MARIO LEVRERO  
 CONFUSIONES COTIDIANAS  
 RELATOS

VIVIANA TORRES CURTH  
 ILUSTRACIONES